

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

*Tema: Investigado y anotado –
Lucas informa en qué debe distinguirse nuestra oración
y qué efectos tiene (Lucas 11:5-13)
(9 días)*

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

LUCAS 11:1, 5-10

Lo que honra a una persona es su deseo de aprender de los demás. Muchas personas piensan saberlo todo por sí mismas. Perciben la enseñanza como una tutela. Qué bueno que un discípulo, con ganas de aprender, le pidió a Jesús: “Señor, enséñanos a orar”. A continuación, Jesús les dio a sus discípulos una oración modelo: las palabras del Padrenuestro (Lc. 11:2-4; comp. con Mt. 6:9-13). Esta oración es la “oración familiar” de la cristiandad mundial.

En siete peticiones, Jesús resumió los puntos esenciales de nuestro diálogo con el Padre celestial. En ellas se tratan las prioridades *de Dios*, pero también *nuestras* inquietudes. Sin embargo, Jesús no solo enseñó el contenido de nuestras oraciones. Para él, *la manera* en que oramos es igualmente importante, incluso indispensable. Jesús subraya uno de estos aspectos esenciales con la parábola del amigo que pide. Para Él es importante que nuestra oración sea audaz, confiada, apremiante — en ningún caso reservada o tímida — (Hch. 12:5; 1.Tes. 5:17; Stg. 5:16b).

En el Antiguo Oriente, la hospitalidad era un deber sagrado. Era muy vergonzoso no poder atender a un huésped. Ahora bien, una familia recibe en medio de la noche una solicitud de alojamiento. Probablemente, el huésped había preferido la frescura de la noche para su viaje. El padre de familia, quien acogió al huésped, sabe que las provisiones se habían agotado el día anterior. ¿Qué le ofrecerá al huésped cansado y hambriento? ¡Un verdadero problema! Un amigo vive en el vecindario. Aunque es sumamente incómodo pedir ayuda a esas horas, sería aún más vergonzoso dejar que el huésped pase hambre. Así que, dejando de lado todas las formas de cortesía, llama a la puerta de su amigo y le pide tres panecillos. Este reacciona de una manera que no es nada amable, aunque tiene buenas razones para ello. Qué reconfortante es que la historia no termine aquí, pues Jesús quiere dejar claro que el Padre celestial escucha las oraciones urgentes según su voluntad (Mt. 7:7-8).



Día 2

LUCAS 11:5-10

El amigo, despertado en medio de la noche, aunque había varias razones para no dejar entrar al que le pedía, se dio cuenta de que no se libraría de él. ¿Será que lo que lo hizo cambiar de opinión fue el siguiente pensamiento?: ¡Cuanto más rápido ayude ahora a mi amigo, más rápido volverá la tranquilidad! De cualquier manera, tenía claro: No me voy a librar de este hombre. Jesús dice: “Y aunque no se levante a darle nada por ser su amigo, se levantará por su insistencia desvergonzada y le dará todo lo que necesite” (v. 8 trad. libre).

Jesús hace que a la historia de la vida cotidiana de aquel entonces le siga inmediatamente la posible aplicación práctica. “Así que yo les digo: Pidan, y se les dará; busquen, y encontrarán; llamen, y se les abrirá la puerta” (v. 9 NVI). Esto parece tan sencillo y lógico. Cuando una persona se encuentra en verdadera necesidad, no duda en pedir ayuda a un ser querido, incluso en un momento inoportuno. ¿Acaso Jesús quiere decir: ¿Por qué no actúan así también al presentar sus peticiones ante Dios?

Sí, ¿por qué nos falta tan a menudo esa insistencia? ¿Por qué nos rendimos tan rápido cuando parece que Dios no escucha nuestra petición? Jesús deja en claro: rendirse no es una opción. Lo correcto es: pedir, buscar y llamar, progresando de una actitud a otra, *hasta que se reciba la respuesta*. Pedir no es un asunto pasajero. (Lea Lc. 18:1-8; Hch. 1:14; Ro. 12:12; Ef. 6:18.) Otra cosa son nuestros breves gritos de auxilio, que siempre llegan al corazón paterno de Dios.

Antes de animarnos por la parábola, Jesús puso su oración modelo con sus siete peticiones más urgentes. Pero ¿qué tan urgente es para *nosotros* que sea santificado su nombre, que se haga su voluntad, que venga su reino? ¿Que *Él* nos dé hoy nuestro pan de cada día, que nos perdone, que nos libre de la tentación, que nos redima del mal? Tomemos en cuenta hoy: Todas estas son peticiones que nuestro Padre que está en los cielos *quiere escuchar*. Por eso: ¡oremos con insistencia y determinación!



Día 3

LUCAS 11:5-10

La parábola que contó Jesús puede dar la falsa impresión de que Dios se molesta por las interrupciones. Sin embargo, Dios nunca se enoja cuando acudimos a Él con nuestras peticiones. Para Él no hay un momento inoportuno. No es posible molestarlo. Él nunca duerme (Sal 121:4). Él siempre escucha (Sal. 34:6; 145:18,19; Lc. 18:7,8).

En Lucas 11:9 y 10, Jesús muestra el fuerte contraste entre el Padre que está en los cielos y los amigos terrenales. El Padre celestial no es como el vecino, a quien primero hay que convencer para que brinde ayuda. Nuestro Dios siempre está dispuesto a ayudar y a dar (Sal. 13:5,6; Stg. 1:5). “Todo aquel que pide, recibe” (v. 10). Dios actúa incluso *más allá* de lo que pedimos y comprendemos (Ef. 3:20).

Dios ya ha dado hace tiempo la prueba más contundente de su amor generoso: Nos ha dado “el verdadero pan del cielo” que es su Hijo Jesús (Jn. 6:32b y 33), y con ello infinitamente más que los panes pedidos para el amigo.

Por lo tanto, en esta parábola no se trata de *si Dios quiere dar*, sino de *si yo quiero recibir*. Si quiero algo del Señor, lo pido con insistencia, lo busco sin cesar, llamo a la puerta sin descanso. No hay otra forma de recibir. “Pedid, y se os dará”. ¿Nos hemos dado cuenta de la frecuencia con la que Jesús utiliza la palabra “pedir” en sus pocas frases? En algunas traducciones aparece seis veces.

Tengamos en claro que ir a pedir a la puerta del amigo por la noche no es una trivialidad, ni algo que se pueda posponer. Los tres panes deben saciar el hambre. El que pide no viene solo por sus propias necesidades. Pide por su invitado. Aquí nos surge esta pregunta: ¿nosotros también pedimos con insistencia por los demás?. ¡Pongámoslo en práctica hoy de nuevo o por primera vez!



Día 4

LUCAS 11:11-13

Con las palabras de nuestro pasaje de hoy, Jesús coronó su lección sobre la oración. Anteriormente había hablado a sus discípulos sobre el contenido y la forma de orar. Ahora se trataba de mostrar por qué podemos confiar en que nuestras oraciones serán escuchadas.

Jesús dio dos respuestas:

- Porque Dios, nuestro Padre que está en los cielos, *es bueno*.
- Porque quiere dar a sus hijos *un don mucho mejor*: su Espíritu Santo.

A continuación, Jesús dirigió una pregunta a los padres terrenales: “¿Hay entre vosotros algún padre que, si su hijo le pide un pescado, le dará una serpiente? ¿O un escorpión, si le pidiera un huevo?” (v. 11-12, trad. libre). Si Jesús no hubiera continuado inmediatamente con su razonamiento, sin duda todos habrían estado de acuerdo: “¡No, Señor! Un verdadero padre no actúa así; al contrario, todo padre protege a sus hijos de animales tan peligrosos”.

Jesús explicó a los discípulos: “Si, pues, *vosotros*, que sois *malos*, tenéis la sensatez necesaria para dar *cosas buenas* a vuestros hijos, ¿cuánto más el Padre que está en los cielos dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan?” (v. 13, trad. libre). Es fácil imaginar que los discípulos, algunos de los cuales seguramente también eran padres, tuvieron que respirar hondo: “¡Vosotros, que sois malos!”

“A los ojos de Jesús, el ser humano es ... fundamentalmente malo (comp. Gn. 6:5-6; Mt. 15:19; Ro. 1:28-32; 2:1-4; 3:10-26). Este conocimiento difiere gravemente de todas las ideologías que consideran al ser humano como fundamentalmente bueno” (según Gerhard Maier). La Palabra de Dios afirma: “Nadie es bueno sino solo Dios” (Mr. 10:18b NVI). Nuestra gran suerte es que podemos pedirle a este Dios bueno que nos libre del mal (Mt. 6:13) y que nos conceda la fuerza de su buen Espíritu Santo (2.Co. 13:14).



Día 5

LUCAS 11:11-13

Al referirse a los “padres malos”, Jesús había dejado en claro a sus discípulos que incluso los padres humanos — malos por naturaleza — son capaces de dar lo bueno a sus hijos. Jesús calificó al ser humano de malo en comparación con Dios. El corazón humano es malo. Sin embargo, las personas son capaces de hacer mucho bien. Al fin y al cabo, han sido creados a imagen de Dios. La caída en el pecado no pudo borrar su origen en el paraíso. La eternidad está grabada para siempre en su corazón (Ec. 3:11).

Al igual que en otros casos, Jesús razonó de lo menor a lo mayor: “Si *vosotros, siendo malos*, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más *vuestro Padre celestial...*?” (v. 13a). El Padre que está en los cielos solo puede dar dones buenos. ¿Creemos eso? “Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza” (Stg. 1:17).

- Dios es santo y bueno, por eso *no puede dar otra cosa que el bien*, aunque para nosotros no sea reconocible.
- Dios es fiel, por eso *no puede cambiar*, aunque nosotros lo interpretemos de otra manera.

Jesús habló de peces y huevos refiriéndose a los padres terrenales. Los peces formaban parte de la alimentación cotidiana, especialmente en la zona del lago de Genesaret (Lc. 9:13; 24:41-42). Los huevos siguen formando parte del desayuno israelí hasta hoy. El don que Jesús menciona al referirse al Padre celestial nos deja asombrados: “¿Cuánto más vuestro Padre celestial dará *el Espíritu Santo* a los que se lo pidan?”. El Espíritu Santo es un don mucho mejor.

En la reforma evangélica de la iglesia cristiana, Martín Lutero puso énfasis en los cuatro puntos solitarios que cuentan para nuestra salvación: “Solo la fe”. “Solo la Escritura”. “Solo Cristo”. “Solo la gracia”. El reformador suizo Juan Calvino que se ocupó intensamente de la doctrina bíblica sobre el Espíritu Santo, añadió uno más: “solo el Espíritu Santo”. ¿Somos conscientes de su importancia única?



Día 6

LUCAS 11:11-13

Quizá nos haga reflexionar el hecho de que debemos *pedir* el Espíritu Santo. En la carta a los Efesios, Pablo nos asegura: “En Él (en Cristo) también vosotros, ... *habiendo creído en Él*, fuisteis sellados con el Espíritu Santo ...” (Ef. 1:13y14a; comp. Ef. 4:30; 2.Co. 1:21,22). Los sellos sirven para autenticar, por ejemplo, documentos o contenidos importantes en recipientes. Al igual que una firma, un sello confiere validez jurídica a dichos contenidos.

Como cierre, los sellos también sirven para garantizar la integridad de contenidos importantes. Una imagen magnífica: con su Espíritu Santo, el Señor nos autentifica como sus hijos y nos protege en nuestro camino de fe hasta la meta.

Dios se nos revela como Dios trino, como Padre, Hijo y Espíritu Santo. El Espíritu Santo se nos presenta en la Biblia *como un viento* que sopla de forma impredecible, unas veces aquí y otras allá, también *como una fuerza* o *como un interlocutor personal* que puede entristecerse (Jn. 3:8; Hch. 1:8; 2:2; Ef. 4:30a). Así como el Padre y su Hijo Jesús entran en nuestro corazón y en nuestra vida en el momento de nuestro renacimiento, también viene —indisociablemente unido a ellos— el Espíritu Santo junto con ellos. Jesús lo llama “Paráclito”, que significa “consolador, apoyo, intercesor y ayudante”. Desde la primera fiesta de Pentecostés, el Padre celestial pone a este fiel acompañante al lado de sus hijos.

Lo necesitamos desde el primer día de nuestra vida cristiana. ¡Sin Él, nada es posible! El Espíritu Santo no completa lo que aún falta en nuestras acciones, sino que facilita que nos incorporemos en la acción de Jesucristo. (Ez. 36:26-27). Por eso no podemos “llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo” (1.Co. 12:3b). David suplicó tras su adulterio: “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí” (Sal. 51:10-12). Con ello quería expresar: ¡Dios, tu “espíritu noble” debe ser también mi compañero constante!



Día 7

LUCAS 11:13

El Nuevo Testamento nos hace comprender que el Espíritu Santo no es una posesión de la que podamos disponer. “No lo tenemos independientemente de quien lo da. No lo encontramos en nosotros mismos. No lo encontramos ni mediante la contemplación mística ni a través de experiencias extáticas. Solo Dios mismo puede dárnoslo — y nos lo da a través de la Palabra que nos ha dirigido por medio de Jesús: “Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida” (Jn. 6:63)” (pastor Matthias Deuschle). Al leer y escuchar con expectación la Palabra divina, el Espíritu de Dios actúa en nosotros.

Jesús vincula *la recepción* del Espíritu Santo con *una misión*: “Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos” (Hch. 1:8). La recepción del Espíritu no sirvió solamente para ennoblecer a los discípulos. Sirvió para establecer el Reino de Dios en todo el mundo. Cada creyente recibe el Espíritu Santo como equipamiento para el servicio en y con la comunidad. Los dones del Espíritu Santo enumerados por Pablo son *dones de servicio*: “A cada uno se le da una manifestación especial del Espíritu para el bien de los demás” (1.Co. 12:7 NVI).

El Espíritu Santo regala a *cada* creyente diferentes dones. Nadie se queda con las ganas. ¿Acaso no nos ha regalado ya en más de una ocasión la palabra adecuada en el momento oportuno? ¿No nos ha inspirado un pensamiento celestial para resolver un problema? ¿No nos ha utilizado para mediar y reconciliar a personas distanciadas? ¿No nos ha animado de manera especial a la intercesión o a la hospitalidad?

Compararnos con quienes tienen otros dones es contraproducente. Podemos complementarnos unos a otros. “Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios” (1.P. 4:10).



Día 8

LUCAS 11:13

El Padre que está en los cielos quiere dar su Espíritu Santo a quienes *se lo pidan*. Ya lo hemos señalado: No se trata aquí de recibir el Espíritu Santo en la vida de un seguidor. Pedir el Espíritu de Dios como creyentes significa concederle a Él, que mora en nosotros, más espacio, atención, influencia y poder transformador (1.Ts. 5:19; Ef. 4:30).

Eso es precisamente lo que quieren impedir esos “espíritus” que intentan competir con el Espíritu Santo de Dios. Nuestro adversario, el diablo, recurre con especial predilección al “espíritu de la época”, es decir, a lo que hoy en día *se piensa y se cree*.

Actualmente se presenta como “la nueva tolerancia”: *todo* está bien, *todo* es verdad, *todo* está permitido. Lo principal es que *a ti* te parezca lógico, que *a ti* te haga bien. Y quien no tolera, discrimina. Se exige que la tolerancia incluya la aceptación de la opinión ajena. No solo debo aguantar que hacen cosas que para mí son falsas, sino debo aceptar que se declaren rectos y que se lo enseñen así. Este espíritu de la época, que también se podría denominar “espíritu del mundo”, es un espíritu destructivo. Nos destruye a nosotros mismos, nos aleja de Dios y del prójimo.

El Espíritu Santo, por el contrario, actúa *en* nosotros — y también *a través de* nosotros — sanando, santificando y renovando. Se puede comparar con un radiólogo. Él escudriña nuestro interior y nos muestra cosas que nosotros mismos no podemos ver. Jesús anunció: “Cuando Él venga, convencerá al mundo de su error en cuanto al pecado ...” (Jn. 16:8a NVI).

Pero el Espíritu Santo no solo establece un diagnóstico. También nos muestra el camino hacia la terapia: “... y en cuanto a la justicia y al juicio” (Jn. 16:8b). Jesús se ha convertido en nuestra justicia al asumir sobre sí, en la cruz del Gólgota, el castigo por nuestro pecado: el justo por los injustos. De este modo, el juicio se ha apartado de todo aquel que crea esto por sí mismo. “El no será juzgado, sino que ha pasado de la muerte a la vida” (Jn. 5:24b NVI; comp. Jn. 3:16-18). Quien ha recibido la justicia de Dios en Jesús sigue dependiendo del apoyo diario del Espíritu Santo.

Día 9

LUCAS 11:13

Un ejemplo convincente del poder transformador del Espíritu Santo es la vida de John Newton*. La madre de John había sembrado la semilla de la Palabra de Dios en su joven corazón. Ella murió cuando él tenía seis años. Su padre era capitán de barco y estaba de viaje. Con tan solo once años, John se hizo marinero. Más tarde lo explicó así: “Quería ir a África, quería ser libre y poder pecar a mi antojo”. Repudiado por su padre, llevó una vida desenfrenada y brutal como traficante de esclavos.

A los 23 años, una gran tormenta puso en peligro su vida. Aterrorizado por la muerte, leyó la Biblia y se topó con Lucas 11:13. No pudo sino dar la razón a Jesús: Sí, soy una persona tan malvada. He desperdiciado mi vida. Dios no puede perdonarme. Pero entonces la promesa de ese versículo bíblico venció su corazón desanimado: “¡Cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan!”. Él pidió, Dios escuchó, y el Espíritu Santo entró en su vida y Newton se convirtió en un hombre nuevo.

Cambió de bando y, a partir de entonces, se comprometió en la lucha *contra* el tráfico de esclavos. A los 39 años comenzó su ministerio como pastor en la Iglesia anglicana y predicó el Evangelio salvador de Jesús. Su himno “Sublime Gracia” se hizo famoso en todo el mundo.

Hacia el final de su vida, John Newton sufría cada vez más de pérdida de memoria. Le dijo a un amigo: “Mi memoria casi ha desaparecido. Pero aún recuerdo dos cosas: que soy un gran pecador y que Jesús es un gran Salvador”.

El Espíritu de Dios es la única fuerza capaz de convertir lo viejo en nuevo: la culpa en reconciliación, la tristeza en consuelo, el desánimo en confianza, la debilidad en fortaleza, el ajeteo en serenidad, el odio en amor... (comp. 2.Ti. 1:7). ¿Qué cambio quiero yo pedir hoy para mí y para los demás?

* John Henry Newton (1725-1807) fue en un principio un traficante de esclavos inglés, y más tarde, sacerdote anglicano y autor de himnos espirituales.


